

# Históricas Digital



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

Virginia Guedea

“Introducción”

p. 11-32

*Historiografía mexicana. Volumen III. El surgimiento de la historiografía nacional*

Juan A. Ortega y Medina y Rosa Camelo (coordinación general)  
Virginia Guedea (coordinación del volumen III)

México

Universidad Nacional Autónoma de México  
Instituto de Investigaciones Históricas

1997

470 p.

ISBN 968-36-4991-2 (obra completa)

ISBN 968-36-4994-7 (volumen III)

Formato: PDF

Publicado en línea: 13 de diciembre de 2019

Disponible en:

[http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/317\\_03/historiografia\\_mexicana.html](http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/317_03/historiografia_mexicana.html)

D. R. © 2019, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



## INTRODUCCIÓN

Nuestro siglo es el siglo de la historia.  
GABRIEL MONOD, *Revue Historique*, 1876

Como bien apunta Monod, el siglo XIX fue el siglo de la historia. Esto, que resultaría a todas luces evidente para los finales de la centuria, sería percibido casi desde sus inicios. A decir de Augustin Thierry, a partir de 1823 comenzó un soplido de revolución que reavivó todas las ramas de la literatura, y los trabajos históricos ocuparon un lugar importante en el favor popular al tiempo que los escritores de primer orden se consagraban a ellos de manera preferente. Todo lo anterior haría surgir la opinión de que la historia sería el sello del siglo XIX, como la filosofía lo había sido del XVIII.<sup>1</sup> El interés por el pasado que caracterizaría al siglo XIX no sólo provocaría que los trabajos históricos fueran en extremo abundantes sino que se diversificaran, al igual que los públicos entusiasmados por ellos. Asimismo provocaría que distintos géneros literarios adoptaran la forma de la historia.<sup>2</sup> Igualmente provocaría que la historia permeara todos los terrenos del conocimiento humano, en los que se introdujo la noción de evolución, esto es, de desarrollo histórico.<sup>3</sup> La historia, vista como un movimiento progresivo, llevaría implícita la idea del progreso.<sup>4</sup>

Pero el siglo XIX, además de ser el siglo de la historia, fue también el siglo de las revoluciones. Revoluciones que en no pocos de los casos desembocarían en la creación de nuevos estados nacionales. En esto, América, casi siempre a la zaga de Europa, se le adelanta. Con sus sangrientas y asoladoras revoluciones de independencia, primero; más tarde, con la dolorosa y difícil formación de sus nuevas naciones. Y la historia va a ser uno de los medios más útiles y más utilizados para llevar a cabo la unidad nacional de estos nuevos países. Será fundamental-

<sup>1</sup> Augustin Thierry, en su prefacio a *Diez años de estudios históricos*, 1834, citado por Charles-Olivier Carbonell, *La historiografía*, México, Fondo de Cultura Económica, 1986, p. 104.

<sup>2</sup> Francois René de Chateaubriand, citado por Carbonell, *La historiografía*, p. 105.

<sup>3</sup> Georges Lefebvre, *El nacimiento de la historiografía moderna*, México, Ediciones Martínez Roca, 1975, p. 11.

<sup>4</sup> Véase John B. Bury, *La idea del progreso*, Madrid, Alianza Editorial, 1971 (Libro de bolsillo 323).

mente a través del conocimiento de un pasado común como se busque crear una conciencia nacional que unifique e identifique a los nuevos ciudadanos.

Así, no resulta casual que las primeras obras históricas mexicanas se ocupen de manera primordial del pasado más inmediato. Los historiadores del México de la primera mitad del siglo XIX se encargaron, sobre todo, de dar cuenta de las guerras de emancipación y de los primeros años de vida independiente. Tampoco resulta casual que casi todos estos historiadores fueran también actores en dichos procesos. La presente sección, titulada *El surgimiento de la historiografía nacional*, incluye las principales obras históricas que nos dejó esa generación de mexicanos nacidos en la Nueva España que tomaron parte en el proceso de emancipación y que se ocuparon de sentar las bases de la nueva nación. Activos todos ellos en política, lucharon por que su proyecto de vida nacional fuera el que se impusiera en México, y su interés por escribir y dejar a la posteridad no sólo un testimonio de lo acontecido durante esos años sino también una versión que diera cuenta de cómo se había dado este acontecer se debe, más que a otra cosa, a que buscaron con ello dar razón de su actividad política. Sus obras tienen un sentido muy claro: el de enraizar en la historia mexicana la explicación de un pensamiento político propio, que fue el que rigió su acción y que ellos consideraron, fundamentalmente, como producto del grande amor que tenían a su patria. Fueron, pues, sus escritos históricos en grandísima medida una forma más —y una forma en verdad exitosa— de hacer política. Por ello, la historiografía que primero nos da cuenta del proceso de emancipación de la Nueva España y de los inicios del México independiente resulta ser una historiografía fundamentalmente política.

Y es que el principal problema para dar cuenta de los primeros años de la nueva nación, digamos el periodo que va de 1821 a la mitad del siglo y que, *grosso modo*, corresponde al de la formación del Estado mexicano, fue —y sigue siendo— explicar por qué el México recién independiente no tuvo éxito político. En ningún momento el país llegó a contar con un gobierno nacional fuerte y respetable y, sin poderse constituir políticamente, se fue debilitando cada vez más. Como nos dice Michael Costeloe, los presidentes no duraron; los vicepresidentes se rebelaron contra los presidentes o fueron destituidos; los ministros también se rebelaron cuando les convino; los miembros de los congresos nacionales y de las legislaturas estatales participaron de igual manera en rebeliones y conjuras, y varios de los congresos fueron suspendidos por el ejecutivo en turno.<sup>5</sup> Se ensayaron formas bien

<sup>5</sup> Michael P. Costeloe, *La Primera República Federal de México (1824-1835)*. Un

distintas de gobierno sin éxito alguno. El país resultaba ingobernable y se vivía, al parecer, una era de desconcertante anarquía en la que las distintas facciones se disputaban el poder y en la que todos opinaban y todos querían mandar. No obstante, este periodo —como nos dice, entre otros, el propio Costeloe— no fue tan carente de sentido, y se dio en él una importante evolución. Las numerosas, y en ocasiones un tanto vagas, ideas y opiniones sobre cuál debía ser la organización política del país se fueron madurando y decantando, y los grupos políticos se fueron definiendo y perfilando hasta permitirnos vislumbrar, hacia fines del periodo, una división en dos grandes grupos, liberales y conservadores, en los que van a ir quedando subsumidos todos los demás.

Las contradicciones que se fueron dando en el proceso organizativo nacional derivaron, en mucho, de las ambigüedades que caracterizaron la instalación del primer gobierno independiente. Estas ambigüedades fueron, a su vez, resultado de la forma en que se dio el proceso de emancipación y muy en particular de cómo culminó este proceso. La independencia se alcanzó con el consenso de la gran mayoría de los novohispanos. Pero hay que tener presente que fue un consenso que se dio en buena medida por cansancio. La verdad es que todos estaban exhaustos de luchar. Alrededor de un objetivo común, alcanzar la independencia de España, Agustín de Iturbide logró en 1821 articular los intereses de los diversos grupos que desde 1808 y por distintos medios buscaban alcanzar cambios de importancia dentro de la Nueva España, los que entonces se convencieron que el emanciparse de España era el mejor camino para promover esos cambios. Pero esta articulación de intereses se dio tan sólo respecto al objetivo bien concreto de alcanzar la independencia, y ese consenso no se dio en cuanto a la forma de gobierno que debía dársele a la nueva nación. De este modo, el México independiente inició su existencia sin haber resuelto los conflictos de intereses que se daban entre los distintos grupos, lo que marcaría de manera por demás notoria al periodo que siguió a la independencia.

Dos fueron los signos —que son las dos caras de una misma moneda— bajo los que se dio el proceso de emancipación novohispano: el de la politización y el de la militarización. La crisis imperial que planteara la ausencia del poder real en 1808 dio inicio a un proceso de politización de la vida novohispana, en el que no sólo se intensificaría la actividad política sino en el que se darían nuevas formas del quehacer y del pensar políticos, lo que a la larga devendría en la formación y el desarrollo de una nueva cultura política.

*estudio de los partidos políticos en el México independiente*, México, Fondo de Cultura Económica, 1975, p. 437-438.

A partir de que en 1810 se abriera la opción de la lucha armada, del enfrentamiento mediante el uso de la fuerza que abrió la puerta al proceso de militarización, los novohispanos debieron definirse con toda claridad, ya como defensores del régimen colonial, ya como sus opositores. Pero esta definición resultó muy difícil para la mayoría. Si bien se dieron estas dos posturas extremas, entre una y otra se dio asimismo una amplia gama de posturas intermedias. Por un lado, el movimiento insurgente vino a ofrecer una alternativa de acción política *fuera* del sistema, sobre todo a partir de que sus principales jefes intentaran establecer un órgano de gobierno alterno. Por otro, también *dentro* del sistema se dieron posibilidades interesantes. Los cambios que en la estructura misma del orden político imperial se fueron haciendo por entonces en la península ofrecieron una vía cada vez más amplia para el quehacer político, muy en particular a partir del establecimiento del orden constitucional en 1812. Y a pesar de que ambas opciones se cerraron con el retorno al antiguo régimen en 1814 y con la derrota de la insurgencia organizada un año más tarde, para 1820 se abrió de nueva cuenta la opción constitucional. No sería sino hasta 1821 cuando la mayoría de los novohispanos se decidiría de manera definitiva por una de dichas posturas.

Así, el enfrentamiento que desde 1808 se dio entre intereses domésticos e intereses imperiales no significó necesariamente que la mayoría de los novohispanos asumiera una de estas posturas radicales de manera plena y definitiva. Antes al contrario, fueron muchos los que, atraídos por las posibilidades que se les ofrecían tanto dentro del sistema como fuera de él, asumieron indistintamente una u otra de estas posturas, o una y otra, o alguna intermedia, dependiendo en buena medida de cómo sus muy personales circunstancias iban siendo afectadas por lo que ocurría en la Nueva España.

Porque la verdad es que hasta 1821 muchos novohispanos creyeron que podían alcanzar los cambios que deseaban, ya actuando dentro del sistema, ya fuera de él. Esto es, formando parte del imperio español. Sólo hasta que se convencieron de que su condición colonial representaría siempre un freno a sus aspiraciones de lograr una verdadera autonomía dentro del imperio y de alcanzar la deseada igualdad de derechos con la metrópoli, optaron por emanciparse de España. Las nuevas y cambiantes circunstancias que se les presentaron a partir de 1808 les brindaron distintas opciones para el ejercicio de la actividad política, lo que les permitió promover sus intereses de diversas maneras. Por todo esto, muchos de ellos asumieron la postura que en un determinado momento les resultó más conveniente. Esto, si bien prolongaría el proceso de emancipación, también enriquecería la vida política

novohispana. Y las experiencias obtenidas durante esos años servirían de punto de partida una vez alcanzada la independencia. La capacidad mostrada por muchos novohispanos para ir variando de postura dependiendo de cómo iban siendo afectados sus intereses, de no asumir en forma consistente un determinado papel político, fue no sólo mantenida por los recién independizados mexicanos sino desarrollada aún más. Así, mostraron tanto una gran flexibilidad para ajustar sus objetivos a corto y mediano plazo, de acuerdo con las circunstancias, como una gran habilidad para establecer alianzas coyunturales, articulando en un momento dado muy distintos intereses, lo que contribuiría a darle a la vida política del nuevo país su muy peculiar dinámica. Además, las sociedades secretas, esa “enfermedad del siglo” cuyas primeras y exitosas manifestaciones novohispanas se habían dado en vinculación directa con la insurgencia, se convertirían en las organizaciones políticas más poderosas de los primeros años del México independiente.

Queda, pues, bien claro que durante la primera mitad del siglo XIX el poder político estuvo distribuido en México de una manera muy amplia. Había lo que podría definirse como una insuficiencia hegemónica y, de hecho, hasta mediados de siglo ningún grupo político alcanzó la hegemonía en el país. Nos dice Torcuato di Tella que las clases altas divididas no podían ofrecer estabilidad política. Todos, tanto corporaciones como individuos, actuaron sin un centro que unificara sus lealtades. A ello se añadía una masa altamente movilizable y amenazadora que, una vez estimulada, tendía a ir más allá de los límites fijados por sus líderes; además, entre los estratos intermedios, la violenta inseguridad generaba actitudes también violentas y una determinación a usar el juego político para protegerse o lograr avances.<sup>6</sup>

Por otra parte, se dio una desigual división de poderes. A partir de Cádiz, la tesis de los legisladores fue que el Congreso —las Cortes— representaba a la nación y que el Congreso era soberano. Y porque el Congreso era soberano era también el poder más poderoso, valga la redundancia. En el México recién independizado no hubo una división entre tres poderes iguales, que era la división clásica, sino una en que la legislatura dominaba y el poder ejecutivo era el sirviente del legislativo. Lo anterior sería un factor de inestabilidad que incidiría fuertemente en el proceso político mexicano de entonces.

Los dos problemas recurrentes más graves durante estos años fueron la pérdida de legitimidad y la falta de confianza. La verdad es que el de la primera mitad del siglo XIX fue un aprendizaje político por

<sup>6</sup> Torcuato di Tella, “The Dangerous Classes in Early Nineteenth Century Mexico”, en *Journal of Latin American Studies*, v. 5, núm. 1, p. 79-105.

ensayo y error que se caracterizó sobre todo por su oportunismo. Ese oportunismo que nace en situaciones de crisis o de transición y que prospera mientras no se institucionaliza el proceso político. Más difundido cuanto más heterogénea es la clase política, cuanto más centrada sobre el éxito personal es la cultura política y cuanto más profundos y complejos son los cambios sociopolíticos, el oportunismo prospera donde la participación política es limitada, donde las élites entran en competencia y donde las organizaciones políticas son embrionarias.<sup>7</sup>

Si bien la insuficiencia hegemónica fue lo que ocasionó en gran medida el que el México independiente no tuviera éxito político, otro de los principales factores que impidió la consolidación de un Estado fuerte fue la falta de dinero. Nos dice Jaime Rodríguez que la crisis económica que provocaron los once años de guerra se unió a cambios comerciales internacionales. La lucha armada dejó un país destrozado cuya agricultura quedó reducida a la mitad y de cuya minería quedó una tercera parte, además de estar seriamente dañados la industria y el comercio. Por otra parte, la salida de capital por la guerra contra Napoleón, por la insurgencia y por la propia independencia fue también importante. Así, el nuevo país inició su vida falto de capital. Heredó, además, la deuda colonial. Por último, la corrupción de la época virreinal creció en el México independiente, y sus gobiernos heredaron la hostilidad colonial hacia los impuestos excesivos. Las élites criollas pensaban que la independencia significaba libertad de la carga de impuestos y de las demandas de préstamos forzosos por parte del gobierno. No tuvieron, pues, intenciones de brindar los fondos necesarios para hacer funcionar un gobierno estable.<sup>8</sup> Por otra parte, la disminución de impuestos sería una promesa constante en el discurso político de la época.

En cuanto a los estados, que durante el sistema federal tuvieron poder para cobrar impuestos, debían aportar un contingente a la Federación, pero pocos lo hicieron, lo que dejó al centro débil y sin capacidad de organizarse. Los préstamos del exterior se obtuvieron en condiciones desfavorables y se tuvo que recurrir a los prestamistas, que acabaron por tener gran control sobre la situación.

La política mexicana se vio también profundamente afectada, al igual que el territorio y los derechos del país, por los sucesos internacionales, y las relaciones que México mantuvo con el exterior incidirían

<sup>7</sup> Norberto Bobbio y Nicola Matteucci, *Diccionario de política*, México, Siglo Veintiuno Editores, 1988, t. II, p. 1131.

<sup>8</sup> Jaime E. Rodríguez O., "La historiografía de la Primera República", en *Memorias del Simposio de Historiografía Mexicanista*, México, Comité Mexicano de Ciencias Históricas, 1990, p. 157.



notablemente en el desarrollo de su vida política. Desde que se accedió a la independencia una de las preocupaciones de todos los gobiernos fue el establecer relaciones con distintos países. Y es que para México resultaba de gran importancia no sólo obtener su reconocimiento como país independiente sino obtener financiamiento del exterior, ya que el erario nacional se encontraba siempre en una situación bien apurada. De esta manera, el nuevo país comenzó a buscar relacionarse con otros países, tanto americanos como europeos.

Tan difíciles como lentos resultarían la obtención del reconocimiento y el establecimiento de estas nuevas relaciones. Hasta 1832 se aprobó el Tratado de Amistad y Comercio con los Estados Unidos, y España no reconocería la independencia sino hasta 1835, después de varios intentos de reconquista y una frustrada invasión, la encabezada por Isidro Barradas en 1829, y que finalmente convenció a la antigua metrópoli de que sus pretensiones de reconquista no eran apoyadas por los mexicanos.

El cambio de sistema político de federalista a centralista no logró consolidar al Estado mexicano ni sus relaciones con el exterior. Antes al contrario. Los regímenes centralistas, además de los graves problemas internos que debieron afrontar, tuvieron que hacer frente a las agresiones externas que en dos instancias se convirtieron en guerras declaradas que resultaron altamente costosas para México.

Una se debió a la cuestión de Texas, cuya independencia fue reconocida por los Estados Unidos inmediatamente después de declarada y cuya posible anexión a la Unión Americana oscureció aún más a partir de entonces las ya de por sí sombrías relaciones entre los dos países. Pero no serían los Estados Unidos con quienes México se vería primero envuelto en una guerra, sino Francia, guerra a la que dieron lugar las reclamaciones de toda índole presentadas por súbditos franceses residentes en el país y que fueran avaladas por su representante.

Pese a las luchas internas y a los vaivenes en los sistemas de gobierno, amén de la guerra con Francia, los diversos regímenes mexicanos se mantuvieron siempre en la línea respecto a su posición sobre Texas y demás territorios norteros. Fue muy poco lo que se hizo de hecho, ya que no se intentó seriamente recuperar a Texas o defender a los demás territorios. No obstante, los distintos regímenes siempre se negaron a aceptar su pérdida o a negociarla. Tampoco aceptaron negociar la cesión de otros territorios.

Texas no era el único problema. La fiebre expansionista de los Estados Unidos, belicosa y muy publicitada, se agravaba aún más hacia 1840. Igualmente se acrecían sus deseos de intervenir de manera directa en México. La famosa concepción de un “Destino Manifiesto”, vigente



como creencia desde que se independizaron los Estados Unidos, cristalizó de manera explícita en 1845. La guerra contra México daría ocasión a que este sentimiento se convirtiera en el mito más popular del nacionalismo estadounidense.

La guerra con los Estados Unidos sería la más amarga de todas las experiencias sufridas por México durante la primera mitad del siglo, ya que fue ocupada la capital, se perdió más de la mitad del territorio y la derrota militar fue total. No obstante, la guerra tuvo una consecuencia de signo positivo ya que contribuyó a que comenzara a madurar entre los mexicanos una cierta conciencia de nacionalidad. Por otro lado, a partir de la guerra los campos políticos se deslindarían y en vez de facciones comenzarían a aparecer verdaderos partidos políticos, los que asumirían de manera más consistente una determinada postura. A partir de entonces, la consolidación del Estado nacional mexicano se convirtió en una posibilidad real. Sin embargo, fueron necesarias casi dos décadas más de luchas para alcanzarla.

Fueron numerosos los autores que, de muy distintas maneras y desde muy diversas perspectivas, se ocuparon por entonces de historiar tanto el proceso de emancipación como estos primeros y turbulentos años del acontecer nacional. Entre casi todos ellos podemos encontrar varios puntos de contacto que les dan una muy particular cohesión. Y en esto reside una de sus características más propias y que los distingue de los autores que antes y después de ellos se ocuparon de hacer la historia de su país. En una primera instancia se encuentra su fascinación por escribir, que para la mayoría llega a convertirse en una especie de obsesión. Casi todos ellos escribieron, y escribieron mucho, muy en particular de historia. Esto se debió a la necesidad que tuvieron, como políticos activos que muchos fueron, de interpretar por su propia cuenta el pasado inmediato para encontrar en él una explicación de su presente y así poder planear el futuro de su patria, independientemente de los distintos enfoques que utilizaron y de las diversas conclusiones a las que llegaron. La historia fue para ellos el medio no sólo para entender la realidad nacional sino, sobre todo, para cambiarla y mejorarla.

Otro punto de contacto es, sin duda, el generacional, que en tanto tal tiene que ver no sólo con haber compartido un mismo tiempo sino con algo mucho más importante, y es el haber tenido una misma formación. Así, todos ellos se educaron dentro de las ideas de la Ilustración, y en muchos de sus escritos quedó registro de su credo ilustrado. Tuvieron, también, una misma formación religiosa, la que igualmente dejó huella en sus obras. Pertenecieron, además, a un determinado grupo social y se desarrollaron en el mismo ambiente. Por último, todos vivieron la guerra de independencia.

Encontramos también en sus obras la presencia evidentiísima de respuestas personales muy propias, que en ocasiones llegan a ser viscerales y en las que mucho tienen que ver sus experiencias vitales, las que son resultado de su muy personal y propia participación en el proceso histórico que les tocó vivir. Finalmente, todos ellos se plantearon la necesidad de establecer un sistema de gobierno que pusiera a la nueva nación en el lugar destacado que le correspondía ocupar en el concierto de las naciones, porque todos ellos estaban conscientes de que México era poseedor de una gran riqueza. Riqueza que —dicho sea de paso—, por muy apegados a la realidad que pretendieron ser, siempre exageraron, entre otras cosas porque pensaban que si esa riqueza había sostenido una parte importante de un gran imperio sería ahora suficiente para que la antigua Nueva España, que había sido la joya más preciada de la Corona española, pudiera sobreponerse al terrible desastre que para su economía y su sociedad representaron once años de destructora lucha armada.

También entre todos estos autores encontramos diferencias que es necesario tomar en cuenta para su cabal comprensión, tanto en lo individual como ubicados en un contexto generacional. En primerísimo término se encuentran las diferencias en el terreno político, en el que si bien todos coincidieron en que la meta última a alcanzar debía ser la de organizar adecuadamente a la nación, para lo que había que crear una conciencia nacional, no todos coincidieron en la forma de hacerlo. Estas diferencias también se dieron en cuanto a las soluciones económicas propuestas, ya que a pesar de compartir casi todos —por conservadores que fueran algunos de ellos— un liberalismo económico, difirieron en el grado de aplicación que debía dársele a este liberalismo. Igualmente se encuentran diferencias en cuanto a sus proyectos educativos. Todos, como buenos ilustrados, estaban de acuerdo en que la nación destacaría cuando todos sus habitantes fueran capaces de ejercer con plenitud su razón, porque únicamente el que ejerce la razón puede llegar a ser en realidad ciudadano, y a este ejercicio de la razón sólo es posible llegar mediante la educación. Pero el cómo se iba a impartir esa educación y en manos de quién se iba a dejar fue otro punto importante de disidencia. Si bien casi todos estaban de acuerdo en que la Iglesia no tenía que ser la única depositaria, unos deseaban privarla prácticamente de toda injerencia mientras que otros no. Y es en relación con el papel que debía desempeñar la Iglesia en la nueva sociedad donde los desacuerdos fueron quizá más numerosos, sobre todo a partir de 1830.

Pero el proceso de emancipación y de formación de la nueva nación no sólo despertó el interés de los mexicanos ocupados en constituir la. También despertó el interés de quienes habiendo nacido

en otras latitudes lo consideraron, por muy diversos motivos, objeto digno de su análisis. Fueron varias las obras escritas por extranjeros durante esos años, y que vieron la luz tanto en México como en otros países, cuyo estudio resulta indispensable para la cabal comprensión de ese proceso por varios motivos, entre ellos el que llamaron la atención y se convirtieron en lectura obligada para muchos de los historiadores mexicanos. También porque nos proporcionan la visión que desde fuera se tuvo de la experiencia mexicana y porque son un indicador del interés que esta experiencia despertó en el exterior. Algunos de estos autores nos proporcionan, además, información de primera mano en su calidad de testigos presenciales de diversos acontecimientos y todos ellos contribuyen a enriquecer nuestro conocimiento de la historia del México de esos años.

Debido tanto a las semejanzas como a las diferencias que entre los autores se presentan, resulta por demás difícil agruparlos en apartados, como se ha hecho con los autores incluidos en otras secciones. El grado de dificultad aumenta si se considera la influencia tan directa y decisiva que en la mayoría de los casos ejercieron unos sobre otros. No obstante, tanto el o los temas que abordaron, como la manera en que los trataron permite intentar una división, cuyo único propósito es el de facilitar su consulta.

La presente sección se inicia con la revisión de la obra del científico alemán Alejandro de Humboldt. No obstante que Humboldt no escribió historia en un sentido estricto, su inclusión en esta sección no necesita de muchas explicaciones. Como es bien sabido, su interesantísima obra —muy en particular su *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España*, el que apareciera publicado en diversos idiomas y que fuera escrito con el propósito expreso de ser de utilidad a quienes se encargaran de su gobierno— fue leída por prácticamente todos aquellos que se ocuparían más tarde tanto de dirigir los destinos del nuevo país como de historiar las luchas por su emancipación y su tránsito a país independiente. La bien documentada visión que de la Nueva España dejó Humboldt en lo que se refiere a sus abundantes recursos naturales y a cuestiones administrativas, políticas, históricas y sociales, y en la que desempeña un papel importante su análisis de la historia indígena y colonial, fue la que en buena medida asumieron políticos e historiadores de la primera mitad del siglo XIX. Humboldt se basó en los criollos novohispanos de la segunda mitad del XVIII que se habían encargado de dar cuenta de las bondades de su patria, cuya visión, ya con el sello de aprobación de un reconocido sabio extranjero, devolvió a los criollos mexicanos del XIX, los que se convencieron de que cuando se aprovecharan adecuadamente los recursos de su país éste alcanzaría la

grandeza. Por todo ello, la obra de Humboldt resulta lectura obligada para entender cabalmente tanto al periodo como a quienes se ocuparon de historiarlo.

El movimiento insurgente que se dio en la Nueva España sería un asunto sobre el que se hizo historia aun antes de su conclusión. La primera visión de la insurgencia novohispana nos la da Servando Teresa de Mier, cuya *Historia de la Revolución de Nueva España*, aparecida en Londres en 1813 y por tanto demasiado temprana para dar una explicación cabal de este proceso, sienta, no obstante, las bases de esta explicación. El padre Mier fue el iniciador de una retórica y de una historiografía nacionalistas que recuperan, como antes que él lo habían hecho los historiadores criollos novohispanos de la segunda mitad del siglo XVIII, al pasado prehispánico para fundar sobre él la historia de México. Pero, a diferencia de sus antecesores criollos, fray Servando va más allá: es el primero que plantea la necesidad de romper en forma definitiva con España. Así, aboga por una independencia absoluta. En este sentido adopta también, pero llevándolos hasta sus últimas consecuencias, los argumentos de los autonomistas, sus contemporáneos.

Novohispano al que el exilio convirtió en un hombre de mundo, Mier no vivió de manera directa la experiencia de la insurgencia. No obstante, la gesta insurgente en su primera etapa, la del movimiento iniciado por Miguel Hidalgo, fue el tema de su *Historia*, y para dar cuenta de ella se remonta tanto al pasado inmediato, al detonador directo de la guerra que fuera el golpe de Estado de 1808, como al pasado más remoto, causante originario del problema a causa del mal gobierno español, haciendo un análisis profundo y cuidadoso del descontento de los americanos, que conoció de manera directa en el Cádiz de las Cortes. Para el padre Mier la insurgencia constituye el principio de la historia de México como nación y alcanzar la independencia se convierte en un imperativo que no puede soslayarse. Por eso, uno de los propósitos que persigue al escribir su obra es lograr el apoyo de los ingleses para obtenerla. Su *Historia* es, pues, un interesante y largo alegato en defensa de la independencia.

La segunda, y también inacabada por temprana, visión histórica que tenemos sobre la insurgencia es igualmente otro alegato que incluía la petición de la ayuda extranjera para alcanzar la independencia de la Nueva España, publicado por el comerciante estadounidense William Davis Robinson en Filadelfia en 1820. Las *Memoirs of the Mexican Revolution* pretenden dar cuenta de las causas del movimiento insurgente novohispano, de su desarrollo y de su posible desenlace, para lo que se remontan tanto al pasado inmediato como al pasado más lejano, en los que, siguiendo a Mier en su *Historia*, Robinson encuentra los

agravios que provocaron la lucha armada. Es por ello que son también un alegato para mostrar la maldad española no sólo con América en general sino con algunos individuos en particular, entre los que se contaba el propio William Davis. Sin embargo, a diferencia de Mier, Robinson sí participó en la insurgencia, así fuera como comerciante de armas y posible espía de los Estados Unidos, por lo que caería preso de los realistas.

Su estancia en la Nueva España, incluida su larga prisión, resultó por demás útil para la elaboración de su obra, ya que le permitió, por un lado, conocer a Carlos María de Bustamante, quien le leyó sus apuntes que sobre la historia del movimiento insurgente había elaborado y que más tarde sirvieran a Robinson para dar cuenta de la insurgencia. También le permitió conocer a los sobrevivientes de la expedición de Javier Mina, expedición cuyo detallado relato ocupa la mayor parte de sus *Memoirs*. Y sería este relato, que hasta la fecha no ha sido superado, el que constituiría su principal aportación a la historiografía mexicana y que lo convertiría en lectura obligada para todos aquellos que pretendieron historiar a la insurgencia y en particular a la expedición de Mina.

El *Cuadro histórico de la revolución de la América mexicana*, que en México publicara el activo político Carlos María de Bustamante a partir de 1821, fue la obra que ofreció por primera vez una visión completa de la historia del proceso de emancipación de la Nueva España. Escrito para rescatar la memoria de la insurgencia y reivindicar a sus autores, al tiempo que servía de ejemplo ante la amenaza externa que parecía cernirse sobre el país recién independizado, el *Cuadro histórico* nos ofrece una visión panorámica del movimiento elaborada por uno de sus principales actores y quien estuviera interesado en historiarlo desde que se uniera a él.

No sería el *Cuadro histórico* el único trabajo en que Bustamante se ocupara de la historia de su país. A lo largo de su vastísima obra, de la que una parte nada despreciable la constituyó la edición de obras históricas, queda constancia de este interés, muy en particular sobre el proceso de su emancipación. Pero sería el *Cuadro histórico* en sus dos ediciones, así como la *Continuación del Cuadro histórico*, las obras que ofrecerían esa primera versión panorámica tanto del proceso de emancipación como de los primeros años del México independiente. A pesar de no aspirar a ser la obra acabada de un historiador, como aclara de manera explícita Bustamante, y a pesar de las críticas que éste recibió por su apasionamiento y su desorden, el *Cuadro* y su *Continuación* se convertirían en una fuente de consulta obligada para todos aquellos que después de Bustamante pretendieron historiar tanto la insurgencia

como al México independiente. No sólo esto. La obra histórica de Bustamante, que como la de Mier y la de Robinson constituye un gran alegato en favor de la independencia mexicana, va a ser la primera piedra, la piedra angular, sobre la que se construirá a lo largo de todo el siglo el enorme edificio de un panteón nacional cuyas imágenes fueron entronizadas de manera por demás solemne por la historia oficial. Para la historia oficial, que poco a poco iría elaborándose a partir de la independencia, resultaría de particular importancia el apasionado rescate que hace Bustamante de un pasado prehispánico heroico y virtuoso. Rescate en el que dejará constancia de su criollismo nacionalista que se encuentra vinculado claramente con los autores del siglo XVIII, y pasado prehispánico que va a convertirse, y en esto reside lo original de su propuesta, en el origen primero e incontaminado del México independiente.

Mier, Robinson y Bustamante fueron escritores prolíficos que abordaron temas muy diversos, al igual que muchos otros de sus contemporáneos. Mier y Bustamante serían, además, políticos muy activos en el México independiente cuyos escritos serían una forma más que asumiría su intensa actividad política, desarrollada en buena medida por la preocupación que para ellos significaba el futuro cada vez más incierto de su patria.

Porque ominosos peligros se cernían por entonces sobre México. Uno de ellos era la tenaz negativa de España a reconocer su independencia y que fue acompañada de varios intentos de reconquista. Para contrarrestar sus efectos, el enviado de México en Londres, Vicente Rocafuerte, con el apoyo del editor Rudolf Ackermann, encargó al abogado español Pablo de Mendíbil un resumen del *Cuadro histórico* de Bustamante. Mendíbil, liberal exiliado en Inglaterra, se ocupó de escribir sobre muy distintos temas, si bien su principal interés fue el hacer crítica e historia de la literatura española, considerada ésta como producto de la historia nacional de su país. Era, pues, un humanista que se dedicó a difundir las letras españolas mediante clases y conferencias, así como por medio de escritos dirigidos no sólo a los españoles sino también a los habitantes de la América española. Es dentro de esta labor de difusión donde se encuentra su resumen del *Cuadro histórico*, ya que pretendía hacer accesible en Europa la información que esta obra proporcionaba, para que los europeos, en particular los españoles, conocieran el proceso de emancipación novohispano y, lo que resulta más importante, lo aceptaran. Así fue como se ocupó de ordenar y sistematizar la obra de Bustamante, haciendo énfasis en los sucesos políticos más que en los militares, convencido de la justicia de la causa insurgente.



La otra cara de la moneda de la visión española la encontramos en la obra *Historia general de la revolución hispanoamericana*, de Mariano Torrente, obra comisionada expresamente por la Corona española para justificar la reconquista de América por parte de España y que apareciera publicada en 1829, el mismo año en que se dio la frustrada expedición de Barradas en contra de México. Abogado muy activo en la vida política de su país, Torrente se ocupó de dar la versión de la historia oficial de España respecto a los procesos de emancipación americanos. Su obra tiene un propósito muy claro: recuperar para España su antiguo imperio. Para España resultaban indispensables las riquezas americanas y para recuperarlas Torrente alegará desde el derecho divino que tuvo su patria para conquistar a América hasta el que todos los americanos querían regresar al régimen colonial, pasando por una crítica brutal a los regímenes de los nuevos países, los que no sabrían aprovechar sus recursos naturales sin la guía española. No por negativa para México y su independencia la obra de Torrente deja de resultar interesante. Por una parte, es muestra de la dificultad a la que se enfrentaban los nuevos países americanos para ser reconocidos por su antigua metrópoli. Por otra, es una versión histórica del proceso de emancipación americano que conlleva una interpretación y una crítica, tal y como lo establece la versión ilustrada de la historia.

Más grave aún que la falta de reconocimiento del nuevo país por parte de las principales potencias fue la falta de consenso que se dio desde que se alcanzó la independencia respecto a la forma de gobierno que México debería asumir y el hecho de que no se hubieran resuelto los conflictos de intereses que se daban entre los distintos grupos, todo lo cual haría surgir serias dificultades entre la élite nacional que había alcanzado el poder en 1821 y que a causa de esas dificultades no lograría conjuntar de nuevo las voluntades para actuar en favor de un interés común. Esto devendría en su división en distintos grupos. También facilitaría la intromisión en la vida política nacional de intereses de fuera, muy en particular de los Estados Unidos, que aprovecharían la debilidad del nuevo Estado mexicano para promover sus inquietudes intervencionistas y sus deseos expansionistas. Igualmente daría lugar a que varios de los actores en estos sucesos recurrieran a la historia inmediata, a historiar los acontecimientos que acababan de vivir, para explicar su actividad política o para alcanzar alguno de los fines concretos que esta actividad se proponía.

Al proclamarse Iturbide emperador mediante un movimiento popular de dudosa legitimidad encontró de inmediato oposición entre numerosos sectores de la población, en particular entre los partidarios de un sistema republicano. Uno de ellos, el ecuatoriano Vicente Roca-



fuerte, actor de primera línea en el escenario político del México de entonces y quien más tarde —como ya vimos al hablar de Mendíbil— sería enviado como su representante a Londres, escribiría en contra del emperador y su gobierno *El bosquejo ligerísimo de la revolución de México*, el que sería publicado en Filadelfia en 1822 y que daría cuenta de la historia política del establecimiento del imperio de Iturbide. Guayaquileño cosmopolita educado en la Ilustración, era Rocafuerte un ciudadano del mundo, un español universal. Autonomista decidido, había participado en las Cortes, donde se percató de la terrible tragedia de los liberales españoles, los que no lograron ser consecuentes con su liberalismo y liberalizar al imperio español. Como la mayoría de sus contemporáneos, Rocafuerte escribe, y escribe mucho, como una forma más de hacer política. Su *Bosquejo ligerísimo*, en el que cuestionaría seriamente la legalidad del imperio de Iturbide, influiría de manera directa en los historiadores que le siguieron. En esta obra se proponen por primera vez los argumentos que a partir de entonces se usarían una y otra vez en contra de Iturbide y su malhadado imperio. Así, pues, sería Rocafuerte uno de los cimientos en que se basaría la historiografía oficial para condenar a quien también fuera llamado, y con pleno derecho, el Libertador.

En las luchas faccionales que se dieron por entonces en México destacó la intromisión de varios enviados diplomáticos, muy en particular la del estadounidense Joel Roberts Poinsett, quien en 1822 estableciera contactos con los enemigos de Iturbide durante su breve estancia en el país. De regreso en los Estados Unidos, Poinsett publicaría sus *Notes on Mexico Made in the Autumn of 1822*, basadas en el diario que escribiera durante su viaje, las que verían la luz por vez primera en Filadelfia en 1824. Estas *Notes*, muy interesantes a pesar de lo breves y mal escritas, si bien tuvieron como propósito principal el convencer al gobierno de los Estados Unidos de establecer relaciones con México ya que éste tenía un gran futuro, se ocuparon también de hacer un bosquejo sobre la historia mexicana desde antes de la Conquista hasta la adopción del sistema federal, además de registrar sus impresiones sobre la realidad mexicana de entonces. Nacionalista a ultranza que participaría activamente en la vida política de su país natal, en el desempeño de sus diversas tareas diplomáticas y para promover los intereses de los Estados Unidos, Poinsett se involucró en los asuntos de política interna de los países a donde se le envió. Así ocurrió en Chile y más tarde en México, donde fue en gran medida responsable del establecimiento del rito masónico yorkino en 1825, mientras llevaba a cabo su segunda misión diplomática en nuestro país. La descarada intervención de Poinsett en la vida política mexicana provocaría que sus enemigos y los

de los yorkinos buscaran su expulsión, la que se lograría hacia 1830. Asimismo provocaría que su figura adquiriera dentro de la historia mexicana un signo por demás negativo que hasta ahora ha permanecido inmutable.

En el desempeño de su cargo, Poinsett no sería sino un cumplido seguidor de la política que el gobierno de los Estados Unidos se decidiera a seguir respecto a su vecino del sur, la que dificultó cada vez más las relaciones entre ambos países. Fue en buena medida a causa de esta política como México perdería primero Texas y más tarde se vería envuelto en una guerra con los Estados Unidos. No obstante, mucho también tendría que ver en ambos acontecimientos la situación interna mexicana. Asimismo la actitud que ante ella asumieran quienes se hallaban en puestos claves. Y sería uno de ellos, Vicente Filisola, quien durante la campaña de Texas quedara de comandante en jefe del ejército mexicano al ser tomado prisionero Antonio López de Santa Anna y quien ordenara el retiro de dicho ejército al sur del río Bravo, y quien también nos dejaría sobre este trascendental acontecimiento un testimonio de primera mano.

Las *Memorias para la historia de la Guerra de Texas*, que tanto en su primera como en su segunda versión aparecieron en 1848, tuvieron un claro propósito: el de explicar y justificar su actuación durante los sucesos texanos. Filisola, militar nacido en Nápoles que combatiera en las filas realistas durante la guerra de insurgencia, tomaría parte activa en la vida política de su país de adopción, donde seguiría una exitosa carrera militar y política. No serían las *Memorias* el único escrito con que pretendiera avalar su conducta. La misma pretensión tuvo su obra *La cooperación de México en la independencia de Centroamérica*, la que permaneció inédita hasta principios del siglo XX y en la que buscó dar cuenta de su actuación como jefe de las tropas mexicanas en Centroamérica durante el régimen de Iturbide en otro momento clave para la historia de los cambios territoriales del país. Resulta tan importante lo que revela como lo que oculta a través de sus *Memorias*, en las que nada se habla de la concesión de tierras que tenía en Texas ni de sus transacciones especulativas con empresarios neoyorquinos, intereses que muy probablemente influyeron de manera definitiva en sus decisiones y que a pesar de los esfuerzos de Filisola no han permitido que éste quede libre de sospechas.

Fueron varios por ese entonces en México los hombres de acción política que en sus escritos, que pretenden explicar sus actividades y las motivaciones que ellas tuvieron, omitieron muchas veces dar cuenta de sus intereses personales. Tal fue el caso de Lorenzo de Zavala, quien fuera amigo de Poinsett y quien, al igual que Filisola, contara con

grandes concesiones de terrenos en Texas. Con todo y esta omisión, su obra principal, el *Ensayo histórico de las revoluciones de México desde 1808 hasta 1830*, aparecida en París y en Nueva York entre 1831 y 1832, constituye una de las piezas claves de la historiografía del periodo.

Zavala dio continuas muestras de su interés por la política, así como de sus inquietudes como escritor, desde su más temprana juventud. Al iniciarse la vida nacional era ya un experimentado político que supo utilizar a la prensa para promover sus objetivos. Interesado en el ejercicio del poder y hábil manipulador, no se arredró ante el uso de la violencia. Autor de numerosos proyectos de muy diversa índole, se ocupó de muy distintas empresas al tiempo que se manifestó siempre partidario de un liberalismo radical. Sería el exilio europeo el que brindaría a Zavala la oportunidad de escribir y publicar su *Ensayo histórico*, en el que, además de defenderse y explicar su actuación en la vida política del México independiente, va a recurrir a la historia para justificar su proyecto de cómo consolidar a la nación.

Esta obra también le serviría para rectificar a quienes antes de él se ocuparon de historiar el periodo de que se ocupa. Su *Ensayo* no sólo va dirigido a sus compatriotas; también va dirigido a todos aquellos que en otras latitudes se interesaban por su país y que tenían de él una imagen negativa que deseaba rectificar. Y a pesar de no contar con todos los materiales necesarios para escribir, su obra es la de un historiador que tiene plena conciencia de sus deberes como tal y que se somete al rigor de su disciplina. Ella nos ofrece una visión global de la historia de México a partir de 1808 que, a pesar de las críticas de sus contemporáneos y a pesar del estigma de traidor con que se calificó a su autor por haber sido vicepresidente de la recién independizada Texas, resulta imprescindible para entender cuál fue el proyecto de nación que pretendieron implementar los liberales.

Otra visión de la historia de México que también resulta imprescindible para entender cabalmente este proyecto es la de José María Luis Mora, quien fuera destacado liberal y cuya figura ha sido convertida por la historiografía oficial en la representación por excelencia del liberalismo mexicano. Su visión histórica quedó registrada sobre todo en su obra principal, *México y sus revoluciones*, aparecida en París en 1836. Mora, al igual que Zavala, escribió y publicó su obra más destacada en el exilio, la que igualmente dirigió no sólo a los mexicanos sino también a todos aquellos que, interesados en su país, tenían de él una visión negativa. Asimismo, recurre en su obra a la historia para justificar su proyecto de consolidar a la nación, o sea que a través de ella explica y justifica su propia actuación política. Igualmente, no contó en todos los casos con el material necesario para su redacción.

No obstante todo lo anterior, la obra de Mora presenta características únicas, que son reflejo de sus circunstancias personales y de su peculiar manera de pensar, en la que no poco tuvo que ver su condición de eclesiástico contrario a los privilegios de la Iglesia, cuyo papel va a cuestionar de manera por demás severa. Así, sus planteamientos y sus conclusiones resultan por completo propios. Por otra parte, proporciona en su obra una información estadística de gran interés, la que, además de ser característica de su espíritu ilustrado, venía a dar cuenta de la situación en que se hallaba el nuevo país en lo que se refería a sus recursos materiales y humanos. Asimismo nos proporciona una visión global de la historia de México, la que en la obra de Mora se inicia desde la conquista española y que termina con la administración de Santa Anna. Y para todo ello echa mano de muy diversas fuentes, entre las que se cuentan las obras escritas hasta entonces por sus contemporáneos, de las que se ocupa de hacer una crítica.

Además de hacer historia, tanto Zavala como Mora se interesan por distintas cuestiones sociológicas, interés motivado por las circunstancias en que se encontraba la nación mexicana. Reflexionar sobre la sociedad del momento también interesará a otros autores, como Tadeo Ortiz de Ayala y Mariano Otero, quienes al tiempo de hacer esta clase de análisis se ocuparán de abordar en sus escritos muy distintos temas.

Independentista desde muy temprano, miembro de la Sociedad de Caballeros Racionales de Cádiz y relacionado con los insurgentes, Ortiz de Ayala dará muestras de estar poseído por fuertes sentimientos patrióticos que lo llevarán primero al desempeño de tareas diplomáticas y más tarde a actividades de exploración y de colonización, siempre en beneficio de su patria. Todo ello mientras escribía sobre diversos asuntos de interés para México. Así, en 1822 publicó en México un *Resumen de la estadística del Imperio Mexicano*, el que tenía el propósito de revitalizar administrativa y económicamente al imperio. Diez años más tarde, también en México, Ortiz de Ayala publica *México considerado como nación independiente y libre*, obra en que la reflexión histórica aparece como telón de fondo y en la que da cuenta de la importancia de la independencia para consolidar y hacer prosperar a su patria, así como de las secuelas negativas dejadas por la administración colonial. En ella también deja registro de su curiosidad sociológica, curiosidad sostenida por su idea del desarrollo histórico de la sociedad mexicana. Sin embargo de esta versatilidad de intereses, Ortiz de Ayala presenta una clara diferencia con muchos de los escritores de su generación, y es que no intervino en las luchas faccionales, por lo que tuvo un desempeño público un tanto distinto al de sus contemporáneos. Sus orienta-

ciones fueron claramente intelectuales. A ello se debió, en parte, el que su obra no tuviera una influencia decisiva en los escritores que le siguieron.

Respecto a Mariano Otero, fueron varias las obras en que se ocupó de reflexionar sobre la sociedad de su momento, en particular su *Ensayo sobre el verdadero estado de la cuestión social y política que se agita en la República Mexicana*, publicado en México en 1842, y sus *Consideraciones sobre la situación política y social de la República Mexicana en el año de 1847*, aparecida en 1848, también en México. Dedicado a las actividades políticas desde su juventud en su natal Jalisco, este distinguido jurista se interesó por escribir sobre muy diversas cuestiones, entre ellas asuntos económicos y legislativos. Otero se interesó también por esclarecer en sus escritos las causas de los problemas políticos de su país, para lo que recurrió a una revisión de su historia desde la época colonial, la que le permitiría ir detectando con precisión esta problemática.

Pero entre todos los escritores del periodo quien recurrió a la historia de México de una manera que se podría calificar de profesional, en el sentido en que lo entendemos ahora, para explicar su presente y así abordar su futuro, fue Lucas Alamán. De todos ellos, es quien mayor capacidad de reflexión muestra sobre lo que es la historia y el quehacer histórico. Es, pues, Alamán un verdadero historiador. Su *Historia de Méjico desde los primeros movimientos que prepararon su independencia en el año de 1808 hasta la época presente*, cuyo primer volumen apareciera en México en 1849, independientemente de los fines que con ella perseguía su autor e independientemente de la carga negativa de su visión sobre el proceso emancipador, constituye el relato más acabado, bien fundamentado y estructurado que sobre la historia de ese periodo contamos hasta ahora. Por otra parte, sus *Disertaciones sobre la historia de la República Mejicana*, aparecidas en México a partir de 1844, en las que aborda diversos aspectos de la historia colonial, dejan claramente establecido que el inicio de la historia de México no resulta ser 1810, como muchos sostenían, sino su conquista por los españoles.

Alamán, con sus obras de historia, buscó dejar constancia de que el trágico presente de su patria y el futuro tan ominoso al que se enfrentaba se debían a ese pasado inmediato que había equivocado el curso seguido hasta entonces por la historia. A diferencia de la mayoría de sus contemporáneos, en particular de Bustamante, cuyo *Cuadro histórico* sería una de sus fuentes principales y al que se ocuparía de refutar a lo largo de su obra, su visión de la historia, de signo claramente conservador, escogería como raíz de lo mexicano a lo español, olvidándose de lo indígena, y condenaría sin posibilidad de salvación al movi-

miento insurgente, a excepción de su máximo dirigente, José María Morelos, visión en la que no poco tuvo que ver su personal experiencia respecto a la insurgencia.

Actitud semejante a la de Alamán en lo que respecta a dejar constancia de un pasado que por tomar un rumbo equivocado había dado origen a un presente trágico y amenazaba con hacer llegar un ominoso futuro asume Luis Gonzaga Cuevas en su obra *Porvenir de México*, publicada en 1851 y en la que se ocupa de hacer, como su subtítulo registra, un juicio sobre el estado político del país desde 1821. No obstante la semejanza de actitudes, su obra, a diferencia de la de Alamán, no es una verdadera obra de historia, si bien en ella reflexiona sobre el quehacer histórico. Abogado metido a actor político, Cuevas buscó con su obra alcanzar la concordia, que tan indispensable resultaba para la seguridad de la nación, al tiempo que se ocupaba de denunciar las políticas de los Estados Unidos para convencer a sus compatriotas del peligro que el vecino del norte representaba.

La *Breve reseña histórica de los acontecimientos más notables de la nación mexicana*, de José María Tornel, aparecida en México en 1852, se encuentra también dentro de esta visión de la historia de México como una historia triste, en la que los errores políticos que se dieron en el origen mismo de la nación independiente han perpetuado los males. Publicada por entregas, inacabada, y un tanto improvisada y desordenada, la *Breve reseña histórica* da cuenta de lo ocurrido entre 1821 y 1829, para lo que invoca la búsqueda de la verdad. A través de ella, Tornel, quien como casi todos sus contemporáneos fue un muy prolífico escritor y un activo participante en la vida política de su país, busca también justificar sus actividades, en particular su ambigüedad, tan conocida, en el modo de hacer política. Con todo y las limitaciones que nos presenta, la obra de Tornel tendría repercusiones de interés entre sus contemporáneos.

Otro ejemplo más de esta visión de un pasado inmediato que erró el rumbo y que ha conducido a un trágico presente es la de José María Bocanegra, cuyas *Memorias para la historia de México independiente* dan cuenta de lo ocurrido entre 1822 y 1846. Político activo en distintas administraciones, Bocanegra se ocupó en su obra de cuestiones de diversa índole, como las ideologías políticas y las facciones que alrededor de ellas se dieron. También se ocupó de los problemas que plantearon las relaciones entre México y otros países. Sin pretender ser historiador, Bocanegra se proclama imparcial en sus *Memorias*, con las que busca servir a quienes después de él escriban la historia de su patria. Por otra parte, pretende también enmendar la plana tanto en sus propósitos como en su manera de alcanzarlos a quienes lo antecedieron



en dar cuenta de lo ocurrido a partir de que México alcanzó su independencia.

Este deseo de dejar un testimonio de cómo surgió la nación será compartido por José María de Liceaga y por Anastasio Zerecero, los dos últimos autores mexicanos que contiene esta sección, cuyas obras, ambas escritas al final de sus vidas, son también un testimonio de sus propias acciones.

Liceaga es un temprano representante de esa corriente interesada en hacer una historia más documental, una historia erudita, y se encuentra a caballo entre dos generaciones y entre dos modos de hacer historia. En busca de la verdad histórica, detallista y acucioso, se encargó de adicionar y rectificar la *Historia de Méjico* de Alamán en sus *Adiciones y rectificaciones a la Historia de México*, que viera la luz en Guanajuato en 1868. Además de pretender aclarar los equívocos que contiene la obra de Alamán, Liceaga reclama la objetividad que en su opinión da a un autor la distancia que lo separa en el tiempo de los acontecimientos que estudia. No obstante estas pretensiones, y no obstante la riqueza de datos que nos proporcionan, las *Adiciones y rectificaciones* son también la obra de senectud de un activo político que busca justificar sus acciones, en las que mostró ser tan partidista como los demás.

Por su parte, con sus *Memorias para la historia de las revoluciones en México*, publicadas en México en 1869, Zerecero, al dejar testimonio de cómo surgió el nuevo país, busca servir a quienes se ocupen más tarde de historiar debidamente el proceso. Sus *Memorias* son, como las *Adiciones y rectificaciones* de Liceaga, la obra que en sus últimos años dejó un actor político que fue también hombre de partido y que buscó justificar sus acciones. Interesado desde su más temprana juventud en el proceso de emancipación, del que era partidario, Zerecero formó parte, según él mismo registra, de la sociedad secreta de los Guadalupes, y a partir de que se lograra la independencia se encontraría siempre en medio del torbellino que fue la vida política del nuevo país, en la que desarrolló muy diversas actividades. Con sus *Memorias*, Zerecero pretende decir la última palabra sobre lo ocurrido durante las revoluciones que por tan largo tiempo se dieron en México. De esta manera, rectifica a muchos de quienes lo antecedieron en el quehacer de dar cuenta de ello, como fue el caso de Bustamante o el de Alamán. Y si bien no logró ser el texto definitivo sobre la historia de México durante la primera mitad del siglo XIX, sí logró convertirse en una obra indispensable para entender parte de esa historia.

Cierra la sección un autor estadounidense, William Prescott. Prescott no fue actor de ninguna clase en esta etapa de la historia mexicana.



Tampoco se ocupó de historiarla. No obstante, su influencia fue definitiva en quienes sí lo hicieron y en la idea que sobre la historia de México se tuvo por ese entonces, dado que mostró con su obra que otras etapas de ella eran dignas de interesar en el extranjero. Historiador profesional fascinado por España y lo español, Prescott escribió su *Conquest of Mexico* siguiendo una metodología científica y rigurosa. Y esta obra, que sería la otra cara de la moneda de la leyenda negra anglosajona, despertaría el interés por la historia mexicana.

Empezar con Humboldt y acabar con Prescott en la sección que se ocupa del surgimiento de la historiografía nacional resulta bien explicable. Como todos sabemos, Humboldt fue leído por todos los que se interesaron por el México de esos años, y Prescott, en quien Marx se basó para explicar la Conquista, fue utilizado por diversos autores mexicanos como Alamán y Mora. No resulta casual que en 1844 se publicaran dos ediciones en México de su obra, una anotada por Alamán y la otra por José Fernando Ramírez.

Por otra parte, recoger las visiones que sobre la historia de su país nos dejaron quienes se ocuparon de hacer esta historia nos va a explicar cómo fue que surgió esta historiografía nacional. Historiografía enormemente rica, vital y apasionada, ya que quienes la hicieron fueron también los actores de los procesos de que dan cuenta, la historiografía nacional de la primera mitad del siglo XIX va a reflejar con claridad el problema central que motiva a los estudios históricos de la época y cuál es el objetivo que estos estudios pretenden.

El principal problema que dio origen a los numerosos trabajos de índole histórica que aparecieron durante los años posteriores a 1821 fue, nada más ni nada menos, que el de la consolidación del Estado nacional mexicano, la que se logró tardíamente por muy diversos motivos, entre los que destacaron la fuerza que mostraron las regiones frente al centro y la falta de un gobierno fuerte y respetable. En cuanto al objetivo principal que pretendieron alcanzar los trabajos históricos de este periodo, y en cuya consecución fueron del todo exitosos, fue el de hacer que los mexicanos cobraran conciencia de su propia nacionalidad, proceso cuya larga duración no arredró a quienes se ocuparon de sentar y de explicar las bases de la nación mexicana.

VIRGINIA GUEDEA